

XXIV domingo Tiempo Ordinario

- **Is 50, 5-9a.** Ofrecí la espalda a los que me golpeaban.
- **Sal 114.** Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos.
- **Sant 2, 14-18.** La fe, si no tiene obras, está muerta.
- **Mc 8, 27-35.** Tú eres el Mesías. El Hijo del hombre tiene que padecer mucho.

1. Desde la Palabra de Dios

El Evangelio de San Marcos tiene una pretensión desde el comienzo: mostrarnos la «Buena Noticia de Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios». La perícopa de este domingo nos muestra precisamente el momento en que Pedro, al frente del Colegio Apostólico hace la afirmación que todos esperaban: «tú eres el Mesías». Ahora bien, san Marcos se tomará todo el resto de su evangelio para explicarnos en qué consiste eso de ser Mesías, hasta que al final del relato de la Pasión sea un centurión romano el que dé la respuesta: «realmente era el Hijo de Dios».

El relato de hoy nos presenta tres momentos diferentes, que ocurren durante las actividades de Jesús fuera de Galilea, en tierra de paganos.

Jesús sondea a sus discípulos sobre qué pensaba y decía la gente acerca de su persona. Ante la pregunta, sus discípulos responden que para algunos era Juan el Bautista; para otros era Elías o algunos de los profetas. Es decir en consideración de la gente, todos veían en Jesús no a una persona común, sino a un enviado de Dios, a una persona extraordinaria.

Pero Jesús hace una segunda pregunta esencial, “y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. Pedro responde reconociendo: “Tú eres el Mesías”, es decir, el “Ungido” —el descendiente de David, prometido por los profetas al pueblo judío—. Así, Pedro, cabeza de la comunidad de los discípulos, profesa su fe en Jesús, lo reconoce y anuncia como Mesías. Pero Jesús, una vez más, ordena no decir nada acerca de esta afirmación sobre su persona. Aún han de entender su mesianismo: la imagen que el pueblo atribuía al Mesías era de un rey o de un hombre poderoso, pero en ningún caso un humilde de carpintero de Nazaret.

En la segunda parte Jesús realiza un primer anuncio de su Pasión, mencionando lo que le debía ocurrir: sufrimientos rechazos hasta ser condenado a muerte, y resucitar al tercer día. Pedro no comprende las palabras de Jesús. No entiende Jesús tiene un plan de Salvación cumpliendo la voluntad de su Padre que pasa por la cruz. Jesús reprende a Pedro llamándolo “Satanás”, que en hebreo significa “adversario”, porque al querer alejarlo de la Pasión se opone al plan de salvación trazado por

Dios. Satanás es el ser que aleja a los hombres de Dios, y Jesús no permite que nadie lo aleje del camino de su Padre.

En la tercera parte, Jesús establece condiciones para seguirlo —recordemos que en griego la palabra discípulo significa literalmente ‘seguidor’—: ser su discípulo es un compromiso que supone renunciadas y sacrificios. Si Jesús en la cruz da todo y lo deja todo por amor, quien quiera seguirlo está llamado a abrazar su propia cruz, sabiendo que renunciando a la vida vieja se gana una vida nueva, radicalmente diferente a la vida del mundo. Morir a la vida vieja, para vivir en Cristo Jesús: de esto se trata el discipulado.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el pasaje evangélico de hoy (cf. *Marcos 8, 27-35*) vuelve la pregunta que atraviesa todo el Evangelio de Marcos: ¿Quién es Jesús? Pero esta vez es Jesús mismo quien la hace a los discípulos, ayudándolos gradualmente a afrontar el interrogativo sobre su identidad. Antes de interpelarlos directamente, a los Doce, Jesús quiere escuchar de ellos qué piensa de Él la gente y sabe bien que los discípulos son muy sensibles a la popularidad del Maestro. Por eso, pregunta: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?» (v. 27) De ahí emerge que Jesús es considerado por el pueblo como un gran profeta. Pero, en realidad, a Él no le interesan los sondeos de las habladurías de la gente. Tampoco acepta que sus discípulos respondan a sus preguntas con fórmulas prefabricadas, citando a personajes famosos de la Sagrada Escritura, porque una fe que se reduce a las fórmulas es una fe miope.

El Señor quiere que sus discípulos de ayer y de hoy establezcan con Él una relación personal, y así lo acojan en el centro de sus vidas. Por este motivo los exhorta a ponerse con toda la verdad ante sí mismos y les pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (v. 29). Jesús, hoy, nos vuelve a dirigir esta pregunta tan directa y confidencial a cada uno de nosotros: «¿Tú quién dices que soy? ¿Vosotros quién decís que soy? ¿Quién soy yo para ti?». Cada uno de nosotros está llamado a responder, en su corazón, dejándose iluminar por la luz que el Padre nos da para conocer a su Hijo Jesús. Y puede sucedernos a nosotros lo mismo que le sucedió a Pedro, y afirmar con entusiasmo: «Tú eres el Cristo».

Cuando Jesús les dice claramente aquello que dice a los discípulos, es decir, que su misión se cumple no en el amplio camino del triunfo, sino en el arduo sendero del Siervo sufriente, humillado, rechazado y crucificado, entonces puede sucedernos también a nosotros como a Pedro, y protestar

y rebelarnos porque eso contrasta con nuestras expectativas, con las expectativas mundanas. En esos momentos, también nosotros nos merecemos el reproche de Jesús: «¡Quítate de mi vista, Satanás! Porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (v. 33).

Hermanos y hermanas, la profesión de fe en Jesucristo no puede quedarse en palabras, sino que exige una auténtica elección y gestos concretos, de una vida marcada por el amor de Dios, de una vida grande, de una vida con tanto amor al prójimo. Jesús nos dice que, para seguirle, para ser sus discípulos, se necesita negarse a uno mismo (cf. v. 34), es decir, los pretextos del propio orgullo egoísta y cargar con la cruz. Después da a todos una regla fundamental. ¿Y cuál es esta regla? «Quien quiera salvar su vida, la perderá». A menudo, en la vida, por muchos motivos, nos equivocamos de camino, buscando la felicidad solo en las cosas o en las personas a las que tratamos como cosas. Pero la felicidad la encontramos solamente cuando el amor, el verdadero, nos encuentra, nos sorprende, nos cambia. ¡El amor cambia todo! Y el amor puede cambiarnos también a nosotros, a cada uno de nosotros. Lo demuestran los testimonios de los santos.

Que la Virgen María, que ha vivido su fe siguiendo fielmente a su Hijo Jesús, nos ayude también a nosotros a caminar en su camino, gastando generosamente nuestra vida por Él y por los hermanos.

(Papa Francisco. Angelus, 09/09/2018)

3. Desde el fondo del alma

Tu cruz... mi vuelo

En tu cruz, Señor,
sólo hay dos palos,
el que apunta como una flecha al cielo
y el que acuesta tus brazos.

No hay cruz sin ellos
y no hay vuelo.
Sin ellos no hay abrazo.

Abrazar y volar.
Ansias del hombre en celo.
Abrazar esta tierra
y llevármela dentro.

Enséñame a ser tu abrazo.
Y tu pecho.
A ser regazo tuyo

y camino hacia Ti
de regreso.

Pero no camino mío,
sino con muchos dentro.

Dime cómo se ama
hasta el extremo.

Y conviértete en ave
la cruz que ya llevo.

¡O que me lleva!
porque ya estoy en vuelo.

Ignacio Iglesias, SJ